

Escocia se enfrenta a su historia (1707-2007)

Chesús Yuste Cabello

En 2007, precisamente cuando se cumplen 300 años de la *Union Act* (Ley o Acta de Unión) que supuso la integración del Reino de Escocia en el Reino de la Gran Bretaña bajo la hegemonía inglesa, el destino de los escoceses ha vuelto a la primera plana de la actualidad internacional. La victoria del *Scottish National Party* (SNP) en las elecciones autonómicas del 3 de mayo y el ascenso de su líder Alex Salmond a la jefatura del gobierno escocés ha alterado notablemente el escenario político británico en plena despedida de Tony Blair, tras diez años como Primer Ministro del Reino Unido. El compromiso electoral de los nacionalistas escoceses de convocar un referéndum que consagrara la independencia de Escocia ha despertado enorme interés en las opiniones públicas europeas, especialmente en las otras naciones sin estado.

Cuando se habla de naciones sin estado en Europa, sin duda una de las primeras que viene a la mente es Escocia. Dentro del Reino Unido, Escocia mantiene un estatus de nación y, aunque puede tener un nivel competencial inferior de las comunidades autónomas españolas, algunas le envidian que pueda disponer de una selección nacional de fútbol disputando competiciones internacionales oficiales. ¿Qué importa más: las competencias o la identidad? ¿O el reconocimiento de la propia identidad termina inexorablemente impulsando la profundización del autogobierno?

Bastante recientemente, en 1999, en pleno proceso de descentralización política (que en el Reino Unido se considera una auténtica *Devolution*) impulsado por el gobierno laborista de Blair, Escocia recuperó su Parlamento en Edimburgo, que había perdido en 1707. También 1707 fue el año en que Aragón perdió sus Cortes y sus instituciones forales. Así, mientras el 29 de junio de 1707, el Reino de Aragón perdía por derecho de conquista sus fueros y libertades nacionales mediante los Decretos de Nueva Planta, promulgados por Felipe V, primer monarca Borbón en España, tras haber derrotado en la Guerra de Sucesión al aspirante austracista, el Archiduque Carlos, muy lejos de aquí el Parlamento de Escocia el 16 de enero de ese mismo año aprobaba el Acta de Unión que ligaría su destino al de Inglaterra, sin producirse ninguna invasión, sin recurrir a la guerra. Dos realidades paralelas de construcción de monarquías absolutas y de estados centralistas y uniformes en un mismo año, bajo el maquillaje de la modernización.

Ahora, 300 años después, los escoceses han elegido un gobierno nacionalista que tiene vocación de recuperar la independencia del viejo reino. Con más de cinco millones de habitantes y una superficie de 78.772 kilómetros cuadrados¹, ¿podrá convertirse en el 28º estado miembro de la Unión Europea? Con un tamaño como el de Chequia y tan poblado como Finlandia, Escocia anda por mitad de la tabla en el *ranking* de la UE: cuenta con más población que ocho estados miembros, más extensión territorial que doce estados y un PIB mayor que otros doce. Resulta evidente que hay estados independientes dentro de la Unión Europea, plenamente viables, que son más pequeños, menos poblados y más pobres que Escocia. Sin duda, el petróleo del mar del Norte es enarbolado por los nacionalistas escoceses como la más evidente garantía de la viabilidad de una Escocia independiente²: «It's Scotland's oil»³, proclaman desafiante ante Londres. La mejor prueba de la relación petróleo-independencia se encuentra en el hecho de que el Gobierno británico decidiera clasificar como secreto en 1975 un informe económico sobre la magnitud del yacimiento petrolífero que se permitía comparar la Escocia del futuro con las próspera Suiza o Noruega⁴.

Sin embargo, a pesar del crecimiento electoral del *Scottish National Party*, las fuerzas independentistas no gozan de mayoría absoluta en el Parlamento escocés. Y tampoco parece existir una clara voluntad mayoritariamente partidaria de la independencia en el conjunto de la sociedad. La multitud de encuestas de opinión que se han elaborado y publicado para medir el apoyo del pueblo escocés a la independencia, presenta tal disparidad de resultados que no puede extraerse ninguna conclusión convincente.



1. La superficie de Escocia es apenas un 50% mayor que la de Aragón, pero poblada por más del cuádruple de habitantes.

2. Recientemente el Primer Ministro escocés Alex Salmond, líder nacionalista, ha asegurado que, en un reparto de bienes con Inglaterra, derivado del proceso de independencia, el 90% de las reservas del petróleo del mar del Norte corresponderían a Escocia.

3. «¡El petróleo es de Escocia!».

4. El informe económico mantenido en secreto, porque Londres entendía que favorecía la causa independentista escocesa, fue desclasificado treinta años después, en diciembre de 2005.

Por un lado, el periódico *The Scotsman* el 1 de noviembre de 2006 titulaba que «la mayoría de los escoceses están ahora a favor de la independencia» (un 51% a favor de la plena independencia y un 39% en contra, lo que suponía el mayor respaldo al independentismo en ocho años). Más lejos iba *The Sunday Telegraph*, cuya encuesta el 27 de noviembre de 2006 concluía que el 59% de los ingleses quería que Escocia fuera independiente (incluso en mayor proporción que la opción independentista de los escoceses, que se cifraba en el 52%).

Por otro lado, en abril de 2007, en vísperas electorales, la encuesta de *The Times* arrojaba unos resultados muy distintos: sólo el 22% de los escoceses se mostraban a favor de la independencia (con tendencia a la baja), mientras que el 56% optaría por la ampliación de poderes del Parlamento escocés (con tendencia al alza). Incluso entre los votantes del SNP, los partidarios de una mayor autonomía superaban a los de la independencia (el 47% frente al 45%)⁵.

En todo caso, en lo que parecen coincidir casi todos los sondeos es en que los escoceses quieren poder decidir en un referéndum. En diversas encuestas el apoyo a la convocatoria de un referéndum se sitúa en un 70-75%. Obviamente no sólo los independentistas responden afirmativamente a esa pregunta. También los defensores de la Unión quieren poder expresarse en las urnas. ¿Podrán hacerlo pronto?

En este artículo vamos a repasar las líneas fundamentales de la historia de Escocia: cómo se construyó la nación escocesa en la Edad Media, cómo se gestó la Unión con el Reino de Inglaterra, qué ocurrió en 1707, cómo sobrevivió la voluntad de ser de la nación escocesa a lo largo del tiempo, cómo se desarrolló el *Scottish National Party* desde la marginalidad hasta llegar a gobernar en solitario su nación en la actualidad... Espero que este artículo nos permita analizar y comprender las decisiones que tomen o dejen de tomar a partir de ahora los distintos actores de la política escocesa, con su Primer Ministro Alex Salmond a la cabeza.

I. Más de mil años de historia de Escocia

La construcción del Reino de Escocia

La nación escocesa se había construido a lo largo de los siglos, especialmente durante el reinado de Kenneth Mc Alpine que unificó a escoceses y pictos en el siglo IX y tras las guerras de independencia en las que el héroe popular William Wallace (el mítico *Braveheart*) y el rey escocés Robert the Bruce derrotaron a los ingleses en el tránsito del siglo XIII al XIV.

5. Parece que la clave de la disparidad de las encuestas estriba en que unas plantean sólo dos opciones (*status quo* o independencia), mientras otras añaden una tercera opción (un Parlamento con mayores poderes).

Llamada Caledonia por los romanos (por la abundancia de pinos caledonios) y también Albania (por ser un país de montañas), lo que hoy llamamos Escocia (o Alba, en gaélico escocés) era una tierra difícil donde la romanización no llegó muy lejos, limitándose los romanos a construir muros de defensa, como el de Adriano, efectiva frontera que dividía la isla, y renunciando de hecho a su parte septentrional. Al norte de ese límite imperial, diversos pueblos de origen celta iban articulando sus reinos: los pictos (así denominados por su costumbre de pintarse el cuerpo) crearon el reino de Alba al este, mientras los escotos (un pueblo procedente de la vecina Irlanda) crearon en el oeste el reino de Scotland (Escocia). Kenneth Mc Alpine (Kenneth I) y sus descendientes fueron extendiendo el poder de su reinado hasta completar en el siglo XIII todo el territorio de la actual Escocia.

Paradójicamente la expansión de esta monarquía gaélica va a ir acompañada, a partir del siglo XII, de importantes cambios culturales y económicos que la van a transformar. Este proceso, conocido como la «Revolución davidiana», va a caracterizar toda la Baja Edad Media en Escocia y especialmente bajo el reinado de David I. En esta época se introduce el feudalismo en Escocia, se reorganizan las formas de gobierno y se fundan las primeras ciudades y pueblos con fueros propios (los llamados *burghs*). Estas instituciones, así como la inmigración de caballeros y clérigos franceses y anglo-normandos transformarán los territorios meridionales y costeros del reino de Alba en angloparlantes, como ya lo eran muchas de las tierras recién conquistadas en el sur. Aunque el resto del reino continuó conservando la lengua gaélica, la penetración del inglés fue determinante para el futuro inmediato.

La tentación de un Reino Unido en toda la isla

El rey de Inglaterra, Eduardo I, tras la muerte del rey Alejandro III de Escocia en el año 1286, intentó intervenir por sucesivos medios en la política escocesa, con propósitos claramente anexionistas: primero, intentando casar a su hijo Eduardo con Margarita, la heredera al trono de Edimburgo, pero la muerte prematura de ésta impidió la boda real; segundo, tomando partido por los Balliol frente a los Bruce en la lucha sucesoria que enfrentó a los dos principales linajes de la aristocracia escocesa, resultando triunfante Juan de Balliol que logró coronarse gracias al apoyo inglés; y tercero, invadiendo directamente Escocia, al sentirse traicionado por el nuevo rey, que estableció un pacto con Francia y negó apoyo militar a Inglaterra. En 1296 el rey Juan fue encarcelado tras la derrota de su ejército.

La guerra con Inglaterra duró varias décadas. El patriota escocés sir William Wallace encabezó a las tropas escocesas que derrotaron al ejército inglés en Stirling, lo que permitió a Robert the Bruce, conde de Carrick, proclamarse Rey de Escocia con el nombre de Roberto I. Su victoria sobre Eduardo I en la batalla de Bannockburn en 1314 expulsó a los ingleses de Escocia. Sin embargo, la consiguiente guerra civil entre los partidarios de Robert the Bruce y los partidarios de los Balliol, apoyados por Inglaterra, duró hasta mediados del siglo XIV. Pese a que la dinastía de Bruce fue la ven-

cedora, la ausencia de descendientes permitió en 1371 el acceso al trono de una nueva dinastía, los Estuardo, de la mano de Roberto II, sobrino de David II, último Bruce reinante.

Los Estuardo gobernaron Escocia hasta 1714, un periodo de prosperidad que abarca desde el final de la Edad Media hasta la Reforma y el Renacimiento. Precisamente esta dinastía reinante en Edimburgo conseguirá lo que no se le había permitido a la corona inglesa en los siglos anteriores: que un mismo monarca reine sobre toda la isla. Un Estuardo en 1603 ostentará la doble corona: se trata del rey Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. A pesar de eso, durante todo el siglo XVII Escocia continuó siendo un reino independiente y no será hasta 1707, bajo el reinado de Ana Estuardo, cuando pierda su independencia mediante el Acta de Unión que convertirá los dos reinos en un único estado.

En estos años Escocia vivirá el agudo conflicto entre la corona y los «Covenanters»⁶, un movimiento religioso presbiteriano que surgió a mediados del siglo XVII para defender la Reforma frente a la Iglesia católica. No obstante, mucho más conculso fue el reinado en Inglaterra, donde vinieron a coincidir la tensión religiosa entre catolicismo y protestantismo y la tensión política entre la monarquía absoluta y el poder del Parlamento. La Revolución de 1688, conocida por la Gloriosa, supuso el derrocamiento del católico Jaime II (que recordemos que era también VII de Escocia) gracias a la conspiración del Parlamento y a la intervención armada del Estatúder de la República de los Países Bajos Guillermo de Orange-Nassau, auténtico adalid del protestantismo en Europa. Aprovechando la huida del rey, el Parlamento inglés consideró que éste había abdicado y entregó el trono a su hija María (que era protestante) y a su marido (y primo) Guillermo de Orange, que reinarían conjuntamente como María II y Guillermo III de Inglaterra.

En Inglaterra por ley se prohibió que un católico pudiera reinar (Acta de Establecimiento de 1701). Como respuesta el Parlamento de Escocia amenazó entonces con elegir a un rey distinto al de Inglaterra: el veto a los católicos no tenía por qué suponer que la Casa de Hannover tuviera que ceñirse la corona escocesa (Acta de Seguridad de 1703). Sin embargo, la tensión entre ambos reinos se dio por zanjada con la firma del Acta de Unión de 1707.

El Acta de Unión de 1707 y los levantamientos jacobitas

El Acta (o Tratado, según los textos escoceses) fue aprobado por el Parlamento de Edimburgo el 16 de enero de 1707 por una mayoría de 110 votos contra 67. En las clases dirigentes escocesas pesaron más los intereses económicos que los siglos

6. Su nombre deriva de la palabra escocesa *covenant*, que significa «promesa solemne» o «documento legal».

de lucha por salvaguardar la independencia u otros aspectos relacionados con la política o la identidad. Ciertamente la división de las fuerzas contrarias a la unificación facilitó el triunfo de los unionistas; también contribuyeron los pingües sobornos que la corona inglesa repartió entre los parlamentarios; pero la principal causa que explica el sí de las élites escocesas a la Unión fue la expectativa de poder resarcirse con apoyo inglés del fracaso de la aventura colonial del Reino de Escocia en el istmo de Panamá (el proyecto Darién), que había provocado una seria crisis financiera. Además, Inglaterra había amenazado a Escocia con bloquear sus relaciones comerciales, imponiendo sanciones económicas (mediante la Ley Extranjera de 1705). Sin duda, la economía tuvo mucho peso en la decisión final de aceptar la creación del Reino de Gran Bretaña.

Sin embargo, una amplísima mayoría del pueblo escocés se opuso al Acta de Unión. El debate parlamentario provocó el rechazo popular expresado en multitud de peticiones dirigidas al Parlamento, protestas masivas en Edimburgo y otras ciudades, incluso desórdenes y actos de desobediencia civil que fueron reprimidos mediante la ley marcial. La convicción de que «*toda la nación parece contraria a la Unión*»⁷ era compartida por los principales actores, incluso por los unionistas.

El sentimiento anti-unionista continuó vigente, incluso se armó de nuevos argumentos a medida que los esperados beneficios económicos no llegaban. Al contrario, se impusieron medidas impopulares, como el establecimiento de nuevos tributos en Escocia, la eliminación del Consejo Privado Escocés del Rey o la extensión a Escocia de la severa ley de traición. En ese contexto, en 1713 el Parlamento tuvo que votar una propuesta de disolución de la Unión. La resolución fue rechazada sólo por cuatro votos. En sólo seis años el respaldo a la Unión entre la clase dirigente escocesa había retrocedido sensiblemente y la ventaja de 43 votos de 1707 se había esfumado.

Van a ser décadas de resistencia de los partidarios de la Casa de Estuardo, conocidos como jacobitas⁸, que va a mantener su influencia en las Highlands (las tierras altas) y en el noreste del país, y no sólo entre los católicos, sino también entre protestantes disidentes (o *dissenters*) y otras confesiones (con la excepción del presbiterianismo). Los herederos de Jacobo VII, con apoyo de las potencias del continente europeo, van a reclamar para sí el trono unificado: primero, James Francis Edward Stuart, conocido como el «Viejo Pretendiente», se proclamará Jacobo III de Inglaterra y VIII de Escocia (1701-1766) y, después, Charles Edward Stuart, llamado «Bonnie Prince Charlie» o el «Joven Pretendiente», como Carlos III (1766-1788), ambos sin éxito,

7. Frase del único miembro de la comisión negociadora del Parlamento de Escocia opuesto a la Unión, el jacobita George Lockhart. También el unionista John Clerk reconocía que las tres cuartas de los escoceses eran contrarios al Acta de Unión.

8. «Jacobitas» alude a Jacobus, nombre latino del rey, que en inglés es James. Por eso, entre todas las opciones posibles en castellano, he preferido traducir su nombre por Jacobo (y no Jaime, por ejemplo).

porque los levantamientos jacobitas (1715 y 1745) van a fracasar sucesivamente. No obstante, la lucha jacobita alimentará la visión romántica del pueblo escocés una centuria después, de la mano de Robert Burns, el poeta nacional por antonomasia, y de Walter Scott. Y el sentimiento nacionalista se perpetuará hasta nuestros días.

Las rebeliones jacobitas van a servir como excusa para que el monarca inglés desarrolle una fuerte represión contra las áreas partidarias de los Estuardo, con especial incidencia sobre las poblaciones gaélicohablantes. La política de forzar el desplazamiento masivo de los habitantes de las Highlands fue una limpieza étnica que será conocida con el eufemismo de «Highland Clearances». Tengamos en cuenta que el gaélico escocés era entonces todavía la lengua mayoritaria en Escocia, a pesar de la presencia de colonias sajonas que usaban el inglés en las Lowlands (tierras bajas) y en las zonas meridionales del país. Será a mediados del siglo XVIII cuando el gaélico empiece a retroceder social y geográficamente.

A partir de esos años, Escocia va a vivir los efectos de la Revolución Industrial y va a conocer un desarrollo económico que volverá a acercar a las clases dominantes escocesas a los intereses del Imperio británico. En el siglo XIX Escocia se va a transformar en uno de los centros comerciales, intelectuales y culturales de Europa.

La Escocia de los siglos XIX y XX, camino de la Devolución

La reivindicación de una Asamblea con poderes legislativos fue una prioridad política para muchas personas y organizaciones en toda la Escocia contemporánea. Durante el siglo XIX la demanda de la *Home Rule* (autonomía) fue de la mano en Irlanda y en Escocia. En 1853 se fundó la Asociación Nacional para la Reivindicación de los Derechos Escoceses (*National Association for the Vindication of Scottish Rights*), próxima a los Tories (Partido Conservador), con el objetivo de que los problemas de Escocia estuvieran también presentes en la agenda política británica, excesivamente centrada, a su juicio, en los asuntos de Irlanda por parte del entonces Gobierno liberal.

En 1871 el Premier William Gladstone, liberal, prometió en Aberdeen que, si Irlanda alcanzara la autonomía, también se aplicaría a Escocia. Tiempo después, aquella promesa cristalizó en un proyecto de ley de autonomía para Escocia que se llegó a presentar en el Parlamento de Westminster en 1913, pero su tramitación fue interrumpida por el estallido de la Gran Guerra (la I Guerra Mundial).

La demanda de un cambio político en Escocia experimentó un giro espectacular en los años veinte con la creación de varias organizaciones nacionalistas escocesas. La *Scots National League* (Liga Nacional Escocesa), partidaria de la independencia, se formó en 1920, pero en 1928 fue suplantada por el *National Party of Scotland* (Partido Nacional de Escocia), que se convertiría en 1934 en el *Scottish National Party* (Partido Nacional Escocés).

A mediados del siglo XX, la *Scottish Covenant Association* (Asociación del Convenio Escocés), fundada por John MacCormick, tras su salida del SNP, fue el mayor movimiento en favor de la devolución (*devolution*) de una Asamblea legislativa para Escocia. Entre finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta recogieron ¡más de dos millones de firmas! Así, a pesar de no mantener lazos con ningún partido político, pusieron la devolución y el establecimiento de una Asamblea en la agenda política.

En 1978 el Gobierno laborista sometió a referéndum la aprobación de una ley que restablecería una Asamblea escocesa (*Scotland Act*). Sin embargo, la división en el seno del Partido Laborista hizo fracasar este intento: a pesar del respaldo de la dirección del partido, muchos de sus miembros se opusieron a la autonomía, con lo que no se pudo alcanzar el voto favorable del 40% de los electores (requisito restrictivo incluido excepcionalmente en la citada ley a través de una enmienda de un parlamentario laborista).

En 1989, con el objetivo de alcanzar un acuerdo sobre la devolución, se formó la Convención Constitucional Escocesa, en la que participaban los Partidos Laborista, Liberal-Demócrata y Verde Escocés, las autoridades locales, los sindicatos, la federación de la pequeña empresa y las principales Iglesias de Escocia. El *Scottish National Party* (SNP) se retiró de la Convención al no contemplarse la opción de la independencia.

Los trabajos de la Convención culminaron en 1995 con un informe final, que recogería dos años más tarde el Gobierno laborista de Tony Blair, que había ganado las elecciones de mayo de 1997 con la promesa de devolver las instituciones a Escocia. A final de ese año los escoceses en referéndum, con una participación del 60,4 %, respaldaron claramente la devolución: laboristas, liberal-demócratas, nacionalistas y verdes defendieron el «sí», que obtuvo un 74,3% de los votos, frente a un 25,7% de «noes»⁹. Sólo el Partido Conservador promovió el «no», no en vano se llama *Scottish Unionist and Conservative Party* desde que en 1965 se integró en sus filas el Partido Unionista, partidario de mantener la Unión de Gran Bretaña (e incluso Irlanda)¹⁰.

Con el argumento de acercar el gobierno a los ciudadanos y con el respaldo emanado de las urnas, Westminster elaboró y aprobó la Ley de Escocia (*Scotland Act*) de 1998 que instauró, por fin, un Parlamento Escocés con capacidad legislativa en algunas materias 'devueltas', entre ellas unas limitadas competencias fiscales, y un Ejecutivo autónomo.

9. Estos resultados corresponden a la primera pregunta, relativa al establecimiento de un Parlamento escocés. La segunda pregunta del referéndum, sobre el hecho de que ese Parlamento tuviera competencias fiscales, contó con un respaldo también muy amplio pero menor: 63,5% a favor y 36,5% en contra.

10. A pesar de ser tan unionistas los tories, fue un Gobierno conservador, el de John Major, el que devolvió a los escoceses la Piedra del Destino en 1996, con la única condición de que deberá regresar a Londres en el caso de futuras coronaciones. Esta Piedra era utilizada en la coronación de los monarcas escoceses hasta que fue robada en el siglo XIII por Eduardo I de Inglaterra. Actualmente puede contemplarse en el Castillo de Edimburgo junto a las Joyas de la Corona escocesa.

II. El Partido Nacional Escocés

El instrumento que va a vertebrar políticamente la expresión nacional escocesa a lo largo del siglo XX y hasta nuestros días es el *Scottish National Party* (SNP), el Partido Nacional Escocés. Aunque en la actualidad se le considera un partido moderado de centro-izquierda, no siempre ha sido así, sucediéndose en su interior tensiones ideológicas desde su fundación. Podemos destacar dos divisiones dialécticas que marcan toda su historia: por un lado, entre quienes defienden un giro a la izquierda y quienes quieren dirigirse a una más amplia base social con un discurso nacionalista por encima de la división derecha-izquierda; y, por otro, entre los denominados «gradualistas» y los «fundamentalistas» a la hora de enfocar el camino hacia la independencia. Ambas divisiones se cruzan entre sí: esto es, hay quien, desde la izquierda del partido, opta por la *devolution* (la recuperación de la autonomía) como paso previo a la independencia, mientras otros del mismo grupo izquierdista se consideran fundamentalistas modernos y se ven obligados a marcar distancias tanto con los gradualistas (de izquierda moderada) como con los fundamentalistas «de viejo estilo» (conservadores).

No obstante, desde los años sesenta se optó claramente por la socialdemocracia en abierto desafío al dominio político del Laborismo en Escocia, se empezó a trabajar en el ámbito sindical y a participar en las luchas obreras, logrando consolidar un espacio político para el nacionalismo escocés, que, tras sucesivos altibajos, se ha convertido en la primera fuerza política en el Parlamento escocés en los comicios de mayo de 2007. Hoy los nacionalistas gobiernan Escocia y ha llegado la hora de demostrar si su estrategia es sincera: si la autonomía puede ser una etapa hacia la independencia.

Difíciles comienzos para el Scottish National Party

El *Scottish National Party* (SNP) nació en 1934 de la fusión del *National Party of Scotland* (NPS) y del *Scottish Party*. La unidad del movimiento nacionalista escocés fue un deseo que siempre impulsó el dirigente del NPS John MacCormick.

Inicialmente el SNP no apoyaba la plena independencia de Escocia, sino la devolución de la Asamblea escocesa dentro del Reino Unido. Ésa fue la solución de compromiso entre el NPS, que sí era independentista, y el *Scottish Party*, que era devolucionista. MacCormick entendía que en aquel momento la unidad nacionalista era más importante que el estatus constitucional que hubiera que reivindicar para Escocia. Sin embargo, tras la fusión, el nuevo SNP adoptó rápidamente una posición de apoyo a la plena independencia de Escocia.

Los años treinta fueron años malos para el nuevo partido. Era difícil ser nacionalista en esos tiempos en que emergían con gran auge fuerzas nacionalistas antide-

mocráticas en toda Europa (el fascismo en Italia y España y el nazismo en Alemania). Entre acusaciones de asimilación a los fascismos y la nula presencia en los medios de comunicación, resultaba muy difícil que pudiera cuajar el proyecto nacionalista escocés.

John McCormick abandonó el partido en 1942, tras fracasar en su intento de sustituir el objetivo de la independencia por el de la autonomía, durante la Conferencia anual celebrada en Glasgow. Fundó entonces la *Scottish Covenant Association*, una organización política no partidista que trabajaría por la devolución de la Asamblea Escocesa. Este *Covenant* (Convenio) en sí mismo era un desafío al SNP: no sólo porque le privó de algunos militantes, sino porque, entre finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, recogió más de dos millones de firmas en reclamación de la autonomía (*Home Rule*) para Escocia, garantizándose así el apoyo de los partidos.

Los primeros años del SNP se caracterizaron por un escaso progreso electoral. El primer éxito electoral se produjo en 1945, aunque duró poco, apenas unos meses. En unas elecciones anticipadas en el distrito de Motherwell, Robert McIntyre fue elegido como primer parlamentario del SNP en el Parlamento británico de Westminster. Sin embargo, en las elecciones generales de ese mismo año perdió el escaño que tanto había costado conseguir. El partido tardó en levantar cabeza y el acceso a las instituciones parecía un espejismo.

En 1955 se produjo una escisión, más pequeña que la de 1942: un grupo, sobre todo de jóvenes de Edimburgo, crearon el *National Party of Scotland*, pero no tuvo el impacto deseado.

Consolidación: obrerismo y petróleo

En los años sesenta las cosas empezaron a cambiar. El partido comenzó a crecer en número de agrupaciones (*branches*) y se empezaron a despertar las expectativas electorales. Se palpaba en el ambiente el arranque de una nueva etapa. En 1967, en elecciones anticipadas en el distrito de Hamilton, Winnie Ewing ganó un escaño en Westminster y el SNP irrumpió definitivamente en la escena política escocesa cuando la flamante nueva parlamentaria dijo: «Paren el mundo, Escocia quiere subirse». Su victoria impulsó al partido y eso se notó en el crecimiento de la afiliación.

Ese mismo año el SNP demostró que también podía competir en las elecciones locales, recibiendo más de 200.000 votos y logrando 27 concejales y 42 consejeros de condado. Destacaba entre ellos la alcaldía de la histórica ciudad de Stirling (donde William Wallace, *Braveheart*, derrotó a los ingleses), que recayó en el antiguo líder del partido Robert McIntyre.

Los recientes éxitos nacionalistas en las urnas provocaron que el Gobierno laborista de Londres estableciera la Comisión Kilbrandon para que elaborara el ante-

proyecto de devolución de la Asamblea Escocesa y que el líder conservador Edward Heath se comprometiera con la devolución en la Conferencia anual de su partido (Perth, 1968) si llegara a ser Primer Ministro. Los políticos unionistas se estaban preocupando cada vez más por el crecimiento del SNP: sobre todo el Partido Laborista, pues Escocia era (y aún lo es) su principal feudo electoral y el SNP se lo estaba empezando a disputar.

En la Conferencia de 1969 Billy Wolfe sustituyó a Arthur Donaldson como líder del SNP. La principal aportación ideológica de Wolfe fue definir claramente al SNP como un partido socialdemócrata.

El crecimiento se detuvo en las elecciones generales de 1970: Ewing perdió su escaño. El único consuelo fue que el SNP no desapareció de Westminster: Donald Stewart pudo obtener representación por las Islas Occidentales. No obstante, la década de los años setenta fue de crecimiento sostenido para el SNP.

Entonces se produjo otra pequeña escisión en Dundee que formó el Partido Laborista de Escocia. Aunque la escisión obtuvo votos suficiente en 1973 para impedir la victoria del SNP sobre los laboristas británicos en la elección anticipada de Dundee Este, no duró mucho, regresando en su mayoría a las filas del SNP.

Alentados por el triunfo de Margo MacDonald en la elección anticipada de Glasgow Govan en 1973 sobre el candidato laborista, el SNP abordó las elecciones generales de febrero de 1974 con gran entusiasmo: los candidatos nacionalistas recibieron el 21,9% de los votos y 7 escaños en el Parlamento de Westminster, lo que encendió todas las alarmas en la sede del *Labour Party*. Al no haber conseguido mayoría absoluta, tras unos meses de inestabilidad, el Gobierno laborista volvió a convocar elecciones en octubre. Todo un regalo para el SNP, que superó el 30% de los votos y alcanzó los 11 parlamentarios. ¿Qué había ocurrido para que se produjera un crecimiento tan espectacular? Mientras la dirección del partido, encabezada por Billy Wolfe, considera que la política de apoyar las luchas sociales de la clase trabajadora estaba dando frutos, los analistas coinciden en que la principal causa del irresistible ascenso del SNP se debe al descubrimiento de petróleo en la costa escocesa del mar del Norte y al éxito de la campaña que lanzó el partido con un mensaje directo que caló en la sociedad escocesa: «It's Scotland's oil!» («¡El petróleo es de Escocia!»), enfatizando que la nueva fuente energética debía beneficiar a todos los ciudadanos de Escocia.

A lo largo de la década, el SNP continuó subiendo en las encuestas y en las urnas: en las elecciones locales de 1977 lograron 98 concejalías más. Sin embargo, los laboristas no tardarían en recuperar posiciones a costa de los nacionalistas. En las elecciones generales de 1979 el apoyo al SNP disminuyó, perdiendo casi la mitad de los votos (un 17,3%), pudiendo conservar sólo 2 escaños en Westminster (de los 11 que habían llegado a tener). Se culpó de la debacle al hecho de que el Grupo Parlamentario del SNP hubiera votado en contra del Gobierno laborista en la moción de

no confianza que causó el adelanto electoral. El Primer Ministro James Callaghan utilizó esa decisión para desgastar al SNP. Con gran éxito, según se vio.

Declive y división interna

El partido entró en una etapa de declive tras haber fracasado en su objetivo de lograr la devolución de la Asamblea Escocesa en 1979 y su pobre actuación en las elecciones generales de ese año. La proliferación de corrientes y grupos organizados minaron la cohesión interna y debilitaron enormemente al SNP: por un lado, se desarrollaba el grupo cultural *Sìol nan Gaidheal* que se denominaba como «ultranacionalista» y, por otro, el Grupo 79, de perfil izquierdista. Como respuesta al auge del Grupo 79, también surgió la «Campaña por el Nacionalismo en Escocia», que contaba con el apoyo de los más tradicionalistas como Winnie Ewing, con la intención de que el primer objetivo del SNP fuera trabajar por la independencia por encima de cualquier ideología izquierda-derecha, para ello había que deshacer la línea socialdemócrata desarrollada en la etapa anterior.

Por su parte, el líder laborista en Escocia, Jim Sillars, descontento con la política del Gobierno laborista sobre la devolución a Escocia y su programa socioeconómico, en 1979 decide abandonar su partido y, junto con buen número de militantes, unirse al SNP. Eso va a reforzar las posiciones del ala izquierda que se nucleaba en torno al Grupo 79.

Ese mismo año Billy Wolfe no opta a la reelección como líder del partido y en el proceso electoral interno concurren tres candidatos: Gordon Wilson resultará elegido con 530 votos, frente a los 117 votos de Stephen Maxwell (del Grupo 79) y los 52 de Willie MacRae.

El periodo de facciones enfrentadas en el SNP acabó en la Conferencia de 1982 cuando las facciones internas fueron prohibidas. No obstante, muchos miembros del Grupo 79 volvieron a cobrar importancia en el partido más adelante, como el propio Alex Salmond, que llegaría a liderar el partido.

Pocas esperanzas ofrecen los años ochenta al SNP que cosecha pobres resultados en las elecciones generales de 1983 y 1987. Incluso el líder Gordon Wilson pierde su escaño en 1987. El partido recibe un duro golpe que le lleva a revisar su plataforma política. La influencia de Sillars empieza a crecer entonces y el SNP va desplazándose hacia el centro-izquierda.

Frente al discurso de la vieja guardia del partido de que había que estar por encima de las diferencias derecha-izquierda y enfocar exclusivamente el objetivo independentista, Sillars argumenta que al pueblo escocés hay que darle razones de por qué la independencia beneficiaría sus vidas y eso pasa por desarrollar un programa socioeconómico. A Sillars se debe también que el SNP adoptara la posición de «In-

dependencia en Europa» para responder a la etiqueta de «separatista» que le ponían sus oponentes unionistas. Hasta entonces el SNP había tenido grandes dudas sobre la continuidad de Escocia como miembro de la Comunidad Económica Europea. Gracias a Sillars se afianzó en el partido el compromiso de apoyar la pertenencia de una Escocia independiente a la Europa unida.

Precisamente Jim Sillars compitió por el escaño de Glasgow Govan en una elección anticipada (1988) y ganó el escaño en liza, gracias a su capacidad oratoria y a la campaña de calle desarrollada por la militancia. El triunfo de Sillars asustó a la cúpula laborista aún más que el de Ewing en los sesenta. Temiendo que su fuerte base electoral escocesa pudiera estar amenazada por los nacionalistas, respondieron convocando la Convención Constitucional Escocesa, otro intento de elaborar un anteproyecto para la devolución. Al principio el SNP se implicó y Wilson y Sillars asistieron a la primera reunión. Sin embargo, la falta de voluntad de la Convención de contemplar la independencia como una opción les disuadió de continuar participando.

Por otra parte, en esa etapa, en 1989, el SNP se integró en *European Free Alliance* (Alianza Libre Europea), la agrupación política de partidos nacionalistas progresistas europeos.

El liderazgo de Alex Salmond

En 1990, la sucesión de Wilson en el liderazgo nacionalista va a arrojar un resultado sorprendente: la candidata favorita, Margaret Ewing, a pesar de contar con el respaldo de la mayoría de los dirigentes (incluidos Sillars y el entonces Secretario del partido John Swinney), no podrá superar al *outsider* Alex Salmond (al que habíamos citado entre los miembros del Grupo 79), que logra 486 votos frente a 186 de Ewing. Salmond demostrará ser un líder inteligente y capaz que abrirá una nueva etapa en la historia del nacionalismo escocés.

En las elecciones generales de 1992 el SNP no logró incrementar sus escaños, sin embargo, su respaldo popular en votos creció un 50%. Y en las elecciones al Parlamento Europeo de 1994 obtuvo dos escaños (para Winnie Ewing y Allan MacCartney) con el 30% de los votos. Estos años también se van a definir por la ruptura de relaciones entre Sillars y Salmond.

Las elecciones generales de 1997 serán decisivas para conformar al moderno Partido Nacional Escocés. Por un lado, el SNP duplicará su representación en Westminster, de 3 a 6 escaños. Y por otro, el retorno laborista a Downing Street supondrá la devolución, esta vez sí, del Parlamento Escocés (*Scottish Parliament*). Así se produce el asentamiento definitivo del SNP como una fuerza política relevante en Escocia, con la elección de 35 diputados en el primer Parlamento Escocés de la era contemporánea.

Sin embargo, los comienzos no fueron cómodos para el SNP: dos de sus diputados en el Parlamento Escocés¹¹ abandonaron el partido. Los resultados de las generales de 2001 supusieron otro retroceso y la pérdida de un escaño. En 2003, en las elecciones al Parlamento escocés, dieron otro paso atrás, al obtener 27 escaños, con lo que continuaron manteniéndose como segunda fuerza política en Holyrood¹². La emergencia del Partido Socialista Escocés (*Scottish Socialist Party*) y del Partido Verde Escocés (*Scottish Green Party*), ambos partidarios de la independencia, había restado apoyos al SNP, tal vez porque esas nuevas fuerzas no se dedicaban exclusivamente a la independencia escocesa como discurso político monotemático.

En esta etapa el debate dentro del SNP venía marcado por el desacuerdo entre el sector gradualista, que creía en el traspaso progresivo de las competencias del Parlamento británico al Parlamento escocés, y el sector fundamentalista, para el que defender la independencia era el núcleo central del proyecto. El antiguo líder Gordon Wilson llegó a decir públicamente que creía que ambas alas eran irreconciliables y que el proceso de escisión era inevitable.

Se acusaba entonces al SNP de intentar ser todo lo que pudiera querer toda la gente: de presentarse como un partido sólidamente de izquierdas en la Escocia central donde competía con los laboristas, pero dar una apariencia más moderada en la Escocia rural donde sus principales rivales electorales eran los conservadores o los liberal-demócratas.

En el año 2000 John Swinney fue elegido líder, al derrotar a Alex Neil por 547 votos frente a 268, en la elección que se produjo para sustituir a Alex Salmond. El liderazgo de Swinney siempre sufrió las especulaciones de la prensa debido al contraste de su estilo más bien manso frente a su antecesor, el carismático Salmond. Aquello culminó con el desafío que le planteó el Dr. Bill Wilson el verano de 2003 por la dirección del partido. Wilson fue muy crítico con el centralismo de Swinney y con lo que consideraba una deriva al centro, alejándose de la tradicional posición del SNP en la izquierda. Los delegados de la Conferencia anual del partido revalidaron a Swinney, que recibió 577 votos frente a los 111 de Wilson.

2004 comenzó con otra pequeña escisión de quienes se oponían a la posición pro europeísta del SNP (fundaron el llamado *Partido Escocés*) y alguna expulsión de un diputado discolo con el reelegido líder. A pesar de ese contexto, el SNP retuvo sus dos escaños en el Parlamento Europeo en los comicios de ese año, lo que no impidió que John Swinney anunciara su dimisión.

11. Los diputados autonómicos escoceses se conocen por las siglas MSP, que corresponden a Member of Scottish Parliament.

12. El Palacio de Holyrood es la sede del Parlamento Escocés en Edimburgo.

Había cierta incertidumbre y fueron apareciendo varios nombres en la carrera sucesoria hasta que Alex Salmond anunció que volvería a presentarse como candidato a Líder. Salmond recibió el apoyo de otros precandidatos (como Nicola Sturgeon, que se convirtió en aspirante al Viceriderazgo). Por primera vez la elección fue directa por parte de los afiliados y no a través de delegados. En su lucha por el liderazgo Alex Salmond cosechó el 75,8% de los votos (exactamente 4.952), superando ampliamente a Roseanna Cunningham (14,6%) y a Mike Russell (9,7%). Aunque un poco más ajustada, la victoria de Nicola Sturgeon en la elección como Vicerider también fue clara: recibió el 53,9% (3.521 votos), frente al 24,6% de Fergus Ewing y al 21,6% de Christine Grahame.

En las elecciones generales de 2005 el voto del SNP descendió hasta el 17,7%, quedando por vez primera como tercera fuerza por detrás de los liberal-demócratas. Sin embargo, ganó dos escaños más y elevó a seis su Grupo Parlamentario en Westminster, «los Superseis de Escocia» («Scotland's Super Six») como proclamaba entusiásticamente Alex Salmond tras el escrutinio.

La victoria nacionalista de 2007

Tras los retrocesos electorales en 2003 y 2005, el reto del tercer Parlamento escocés iba a ser decisivo para el liderazgo renovado de Alex Salmond. El 3 de mayo de 2007 el SNP iba a conseguir la mayor victoria de su historia. Las encuestas apuntaban a una debacle laborista, tras el enorme desgaste de los diez años de Tony Blair (por cierto, escocés) al frente de Downing Street, especialmente quemado por su injustificada fidelidad a la catastrófica política exterior de George Bush y, singularmente, por su complicidad con el gobierno de Estados Unidos en la guerra de Irak, que había contribuido a desestabilizar el mundo. Y es que Irak fue uno de los asuntos que centraron la campaña electoral escocesa, junto a otros más domésticos como la salud, la educación, la reforma fiscal, las pensiones o el *Trident* (submarinos nucleares británicos con base en Escocia). Sin embargo, el único compromiso electoral que trascendió allende las fronteras del Reino Unido fue el que asumió el líder del SNP de convocar un referéndum antes de acabar la legislatura para que el pueblo escocés pudiera decidir poner fin a la Unión.

Desde los primeros comicios en 1999 los laboristas siempre habían gobernado en Escocia en coalición con los liberal-demócratas. Pero en esta ocasión los sondeos predecían la alternancia política (se llegaban a apuntar hasta nueve puntos de ventaja para los nacionalistas sobre los laboristas). Que el SNP pudiera superar al Labour no iba a ser una sorpresa. Sin embargo, la victoria nacionalista fue más corta de lo esperado: sólo por un escaño (y por apenas 7 décimas en porcentaje de voto). El propio Blair habló tras el escrutinio en tono triunfante, porque «habían logrado remontar las encuestas». Sin duda esa sensación de «dulce derrota» de los laboristas se amargaría una vez que Alex Salmond fuera investido como Primer Ministro de Escocia.

El SNP fue el único partido que creció en votos y escaños, experimentando un crecimiento importante: recibió 664.227 votos¹³ (el 32,9% del total, 9 puntos más que en 2003) y logró 47 escaños (20 más). Mientras, el Partido Laborista sufrió un retroceso menor del apuntado por la ciencia demoscópica: recibió 648.374 votos (el 32,2% del total, 2 puntos y medio menos), obteniendo 46 escaños (4 menos). El tercer puesto fue para los conservadores, con 17 escaños (uno menos), y el cuarto, para los liberal-demócratas, con 16 (uno menos). Las fuerzas minoritarias sufrieron de forma muy grave el tirón bipartidista: los grandes derrotados fueron el Partido Verde Escocés (*Scottish Green Party*), que perdió 5 de sus 7 diputados (descendiendo 2,8 puntos en el escrutinio por regiones), y el Partido Socialista Escocés (*Scottish Socialist Party*), que perdió los 6 diputados que había obtenido cuatro años antes (retrocediendo 6 puntos en el escrutinio por regiones). Además, sólo una parlamentaria independiente, Margo MacDonald, logró mantenerse de los tres que había en la legislatura anterior.

El progreso nacionalista era evidente, incluso espectacular, casi duplicando sus escaños, pero la victoria se quedó corta. La ventaja sobre los laboristas fue escasa. La mayoría absoluta quedaba lejos (se necesitaban 65 escaños sobre el total de 129). Se apuntaba entonces la posibilidad de tejer una coalición con los liberal-demócratas, acostumbrados ya al papel de bisagra. Sin embargo, aunque pudiera articularse una mayoría parlamentaria para gobernar, la más importante promesa electoral de Alex Salmond, esto es, convocar un referéndum para recuperar la independencia, no contaba con un respaldo suficiente en el Parlamento de Holyrood. Ciertamente los pequeños partidos independentistas (Socialista y Verde) se habían visto barridos ante el auge del SNP, mientras que el posible socio liberal no era en absoluto partidario de la independencia.

En ese contexto, la decisión de los liberal-demócratas de renunciar a entrar en un gobierno de coalición, tanto con nacionalistas como con laboristas, obliga al líder del *Scottish National Party* Alex Salmond a gobernar en minoría, encabezando un gobierno monocolor, con ministros del SNP, con su Vicelíder Nicola Sturgeon como Viceprimera Ministra y Ministra de Sanidad y Bienestar, y con el anterior líder del partido John Swinney como Ministro de Finanzas y Desarrollo Sostenible.

El flamante nuevo gobierno nacionalista en sus primeras iniciativas ha combinado la agenda social propia de un partido de izquierda y las iniciativas de carácter identitario que se espera de un partido nacionalista. Así, ha sustituido la denominación de «Ejecutivo escocés» (denominación oficial recogida en la Ley de Escocia de 1998) por la de «Gobierno de Escocia», con resonancias más potentes políticamente (aunque de igual valor nominal). Ha solicitado a los Jefes de estado de todos los estados miembros de la ONU que apoyen el reconocimiento de Escocia como miembro de

13. El sistema electoral escocés es de doble voto: 73 diputados se eligen en distritos mayoritarios uninominales y otros 56 en candidaturas regionales proporcionales. El número de votos que comparo en este artículo se corresponde con la votación por distritos. Por su parte, el número de escaños que cito es el total de ambos escrutinios.

pleno derecho de Naciones Unidas. Ha protestado ante el gobierno de Londres por la existencia de instalaciones con armamento nuclear en suelo escocés. Y también ha aprobado la gratuidad del gasto farmacéutico en la sanidad pública (como ya había hecho anteriormente el ejecutivo autonómico de Gales). Semejantes decisiones, calificadas de populistas por sus detractores, han contado con el respaldo de la mayoría de la población escocesa y, como era de esperar, han indignado a los sectores unionistas de todo el Reino Unido, asustados por el discurso independentista y también por las diferencias de derechos que se van estableciendo entre los ciudadanos de las diversas naciones que forman la isla de Gran Bretaña.

Pero no importa lo que legisle o cómo actúe el Gobierno escocés en materia social, cultural, fiscal o de infraestructuras. De Salmond se espera que dé pasos firmes en el gran tema, el único asunto que puede llenar páginas de periódicos y saltar al continente: la independencia.

III. La hoja de ruta de Salmond

A vueltas con el referéndum

Alex Salmond, durante la campaña electoral, había anunciado la intención del gobierno que encabezara de publicar un libro blanco que incluyera la solicitud al Parlamento escocés de la convocatoria de un referéndum sobre la independencia de Escocia. Si se aprobara por el Parlamento y triunfara el «sí» en el referéndum, el Ejecutivo escocés recibiría un mandato popular para entablar conversaciones con el Gobierno británico de cara a derogar el Acta de Unión de 1707, restaurando por consiguiente la soberanía e independencia de Escocia.

Tengamos en cuenta que el Acta de Unión es una ley o un tratado aprobado por dos parlamentos, el de Londres y el de Edimburgo. Por tanto, dada la singular arquitectura constitucional del Reino Unido, ese acuerdo entre iguales podría romperse libremente por cualquiera de las dos partes. Desde un espectador ubicado en el Estado español (o en la mayoría de estados plurinacionales de Europa), resulta sorprendente la reacción de las autoridades británicas que, en lugar de amenazar con encarcelar al Primer Ministro que convoque un referéndum, con suspender la autonomía o con enviar al ejército para defender la sacrosanta unidad *nacional* (como estamos ya acostumbrados por estas latitudes), recomiendan a los escoceses que no secunden la independencia porque económicamente no les resultará rentable. ¡Qué civilizados parecen estos británicos!, ¿habrán escarmentado de los treinta años de guerra tardocolonial en Irlanda del Norte?¹⁴. Obviamente no se trata de eso: la per-

14. Sobre la guerra sucia contra el movimiento republicano en Irlanda del Norte, puede repasarse el artículo del mismo autor 'El cambio en Irlanda', publicado en el número 6 de *El Ebro*.

sonalidad jurídica del Reino de Escocia, con trato de nación, exige una respuesta rigurosa por parte de los poderes centrales del Reino Unido.

En todo caso, aunque Londres pueda responder civilizadamente al referéndum escocés, tampoco conviene engañarse pensando que se trata de un proceso sencillo. De hecho, el SNP no cuenta con una mayoría parlamentaria que autorice la convocatoria del referéndum. Por ello, Salmond, que había prometido dar la palabra a los escoceses antes de 2011 (fecha prevista para las siguientes elecciones al Parlamento escocés), se ha visto obligado a posponer ese horizonte al 2017. En esta decisión ha pesado más la voluntad de consolidar al SNP como partido de gobierno que arriesgar lo conseguido llevando la apuesta del referéndum demasiado lejos. Renunciar al gobierno por no poder cumplir con la promesa independentista sería un grave error del que se tardarían muchos años en recuperar.

En la dirección del SNP están convencidos de que, en estos cuatro años de gobierno, «la experiencia y los logros van a ser los ladrillos de la independencia», como señaló la Vicelíder Nicola Sturgeon durante la última Conferencia anual del partido.

Ciertamente las encuestas no presentan una clara mayoría social partidaria de la independencia, pero sí son muchos más los ciudadanos que defienden su derecho a decidir en un referéndum. En ese campo se mueve la estrategia del SNP, que parece ser consciente de que ni siquiera todos sus electores votarían por romper totalmente la Unión con Inglaterra.

Ciertamente posponer la fecha de ese referéndum supone reconocer un fracaso, incumplir un compromiso electoral. Pero tampoco es algo nuevo en los 73 años de historia del SNP. Sucesivamente se han proclamado fechas para la independencia que se han visto incumplidas sistemáticamente: los medios de comunicación aún recuerdan el lema «*Libres para el '93*», que luego tuvo que ser sustituido por el de «*Paraíso de la independencia para 2007*». No parece ser demasiado grave que ahora el horizonte de 2011 se posponga seis años más.

El debate sobre la reforma de Westminster

Paralelamente a la propuesta independentista del SNP, en Londres se ha abierto un debate sobre la estructura constitucional del Reino Unido. Si los electores escoceses envían parlamentarios a Westminster desde el cierre del Parlamento de Edimburgo en 1707, ¿qué sentido tiene en la actualidad la representación escocesa en Londres una vez que se le ha devuelto a Escocia su propio Parlamento? La cosa tiene miga. Mientras escoceses, galeses y norirlandeses deciden sobre sus competencias en sus propias asambleas legislativas, al Parlamento de Westminster, con presencia de parlamentarios de las cuatro naciones que componen el Reino Unido, le corresponde decidir sobre las materias que afectan a Inglaterra. Es decir, escoceses, ga-

leses y norirlandeses deciden sobre la vida de los ingleses, pero éstos no pueden participar en las decisiones que les afectan a aquéllos. ¿Inglaterra está discriminada?

Ese discurso, abanderado fundamentalmente por el Partido Conservador, oculta un interés inmediato estrictamente relacionado con la aritmética electoral. No se trata sólo de que Escocia y Gales sean feudos electorales laboristas, es que tradicionalmente los *tories* obtienen allí unos pésimos resultados, que les condenan a ser tercera e incluso cuarta fuerza política, tras nacionalistas y liberales. Este hecho reduce al Partido Conservador a un mero *partido inglés*. De esta forma, aunque los *tories* pudieran desbancar al *Labour* en Inglaterra, tendrían que hacerlo con una muy amplia ventaja para poder compensar los excelentes resultados que los laboristas suelen cosechar en Escocia y Gales. En las elecciones generales de 2005 Escocia eligió a 41 parlamentarios laboristas frente a sólo 1 conservador (además de 11 liberal-demócratas y 6 nacionalistas), mientras que Gales eligió 29 laboristas por sólo 3 conservadores (además de 4 liberal-demócratas y 3 nacionalistas de *Plaid Cymru*). En 2001 la ventaja aún fue mayor: la goleada en Escocia fue de 56 a 1 (había 13 escaños más a repartir entonces) y en Gales de 34 a 0. No sería inesperada en el futuro una mayoría absoluta laborista cimentada en su ventaja en Escocia y Gales, aun perdiendo en Inglaterra (por escaso margen, claro).

A la luz de este debate se han lanzado diversas propuestas en los últimos años: a) reducir el número de parlamentarios escoceses y galeses en Westminster, dado que ya cuentan con Parlamentos propios¹⁵; b) crear dentro del Parlamento británico un cuerpo legislativo formado exclusivamente con los parlamentarios electos por Inglaterra para legislar como una asamblea inglesa; c) crear una Asamblea autonómica de Inglaterra, a imagen de las de Edimburgo, Cardiff o Stormont; y d) eliminar la representación de Escocia y Gales de Westminster como antes de la *Union Act*.

La propuesta del Partido Conservador que lidera David Cameron consiste en reducir la participación de los parlamentarios escoceses, galeses y norirlandeses en Westminster exclusivamente a los asuntos generales del Reino Unido, tales como política fiscal, política exterior y defensa, y por tanto excluirles de su participación en los asuntos estrictamente relacionados con Inglaterra, que serían responsabilidad de una Comisión parlamentaria específica formada sólo por parlamentarios ingleses (*the English Committee*). Obviamente, esta Comisión inglesa contaría con una representación conservadora proporcionalmente mayor que la existente en el Pleno de Westminster.

Frente a ese modelo, Alex Salmond ha defendido el modelo de los parlamentos independientes, esto es, la elección de un Parlamento inglés, con competencias similares al galés y al escocés.

15. A partir de las elecciones generales de 2005 se redujo el número de circunscripciones electorales en Escocia. Desde entonces el electorado escocés envía sólo 59 parlamentarios a Westminster (antes eran 72).

Sin embargo, nadie sabe dónde puede acabar el debate emprendido sobre la reforma de Westminster. Y es que recientemente se ha abierto paso la idea de que la independencia de Escocia, cuando llegue, no será sólo por exigencia escocesa, sino también por voluntad de los ingleses. La actitud de los ingleses será un factor decisivo para el resultado. Si el matrimonio es cosa de dos, la separación también¹⁶. No descartemos que al final sea el socio inglés el que rompa esta relación de tres siglos.

Algunos intelectuales ingleses han empezado a comparar la situación de Inglaterra y Escocia con la de Checoslovaquia. Caído el muro de Berlín, en la Europa postcomunista, el gobierno eslovaco de Vladimír Mečiar, nacionalista-populista, empezó a agitar los deseos populares de independencia. Pero después fue el político checo Václav Klaus, de perfil más bien thatcheriano, el que diseñó una situación en la que el 1 de enero de 1993 los eslovacos se encontraron con la independencia casi sin pensar si verdaderamente la querían. No hubo referéndum, no hubo expresión de la voluntad popular. Sólo se produjo la decisión de dos gobiernos. El análisis de Klaus fue que la actual República Checa, más rica y extensa, tendría más posibilidades de prosperar por sí sola.

¿Podría hacer lo mismo, algún día, un líder conservador inglés? Sería, al fin y al cabo, una forma de asegurarse la supremacía en Inglaterra. Si los conservadores vuelven a tener la impresión de que han perdido unas elecciones generales británicas por el voto celta, seguro que hasta el propio David Cameron se siente tentado.

«Una Conversación Nacional»

El 14 de agosto de 2007 el Primer Ministro escocés Alex Salmond presentó la Conversación Nacional, una vía de debate social hacia la independencia empleando las herramientas del siglo XXI: una página web oficial¹⁷, en formato blog, donde los ciudadanos pueden expresar su opinión a través de comentarios en respuesta a la declaración del Primer Ministro «*Choosing Scotland's Future*» («Elegir el futuro de Escocia»). Dicho documento, además, puede descargarse en formato pdf en gaélico escocés¹⁸ y en diversas lenguas de las minorías inmigradas (árabe, bengalí, chino, hindi, polaco, punjabí y urdu), lo que se ha interpretado como un claro síntoma de soberanismo cívico, moderno e inclusivo.

Repasando la web podemos ver cómo se entremezclan opiniones favorables y contrarias al proyecto independentista, comentarios serios y jocosos, aportaciones de escoceses pero también de ingleses que se sienten implicados en el debate. Mien-

16. Timothy Garton Ash: «Si el Reino Unido desapareciera...», El País, 06/05/2007.

17. www.anationalconversation.com

18. El gaélico escocés o simplemente gaélico (*Gàidhlig*, en su propia lengua) es una lengua celta, muy próxima al irlandés y al manés. Cuenta en la actualidad con unos 100.000 hablantes. No debe confundirse con otra lengua llamada escocés (*Scots*), de origen germánico, predominante en las Lowlands (Tierras Bajas) y que contaría con un millón y medio de hablantes, además de otros 30.000 en Irlanda del Norte.

tras unos acusan a los otros de tener miedo a que la ciudadanía pueda expresarse libremente en un referéndum, los otros acusan a los unos de ser una minoría que no ha logrado convencer a la mayoría. Ciertamente los partidos defensores del *status quo* (laboristas, conservadores y liberal-demócratas) representan al 65% de los electores escoceses y han presentado un manifiesto conjunto que rechaza la independencia, acusando al Gobierno nacionalista de «malgastar el dinero de los contribuyentes en la persecución de una agenda política estrecha y fracasada», que conduciría a Escocia a «un callejón sin salida».

Sin embargo, Salmond pretende que el pueblo escocés examine todas las opciones sobre el futuro constitucional de Escocia. El documento a debate incluye un borrador de papeleta que podría someterse a votación en un eventual referéndum y en el que se preguntaría a los electores si están de acuerdo o no con que «el Gobierno escocés negocie un acuerdo con el Gobierno del Reino Unido para que Escocia se convierta en un Estado independiente». Pero, según el Primer Ministro escocés, del debate recién abierto podrían derivarse otras opciones que se incluyeran en la papeleta del referéndum. De hecho, Salmond anima a quienes propugnan otras opciones a definir las ahora para poder ser tenidas en cuenta cuando llegue el momento de la consulta popular. Lo que está claro, a su juicio, es que la única opción descartable de antemano es mantener el actual *status quo*.

A pesar de que, según reflejan las encuestas, la mayoría no cree que Escocia pueda ser independiente en los próximos 25 años, el Gobierno de Edimburgo ya ha mostrado sus cartas: apuesta por un Estado independiente que mantendría el mismo Jefe de Estado que el Reino Unido (esto es, la Corona británica) y que participaría activamente en las instituciones de cooperación este-oeste nacidas del Acuerdo de Viernes Santo que trajo la paz al Norte de Irlanda (actualmente forman parte del Consejo Británico-Irlandés el Reino Unido, la República de Irlanda, los gobiernos autónomos de Escocia, Gales e Irlanda del Norte y los territorios dependientes de la Corona de la Isla de Man, Jersey y Guernsey).

Como dice el propio Alex Salmond, Primer Ministro de Escocia, «ya es la hora de que Escocia e Inglaterra se conviertan en iguales, compañeros, independientes, vecinos y amigos».

IV. Conclusión: Los ladrillos de la independencia

En los primeros pasos del siglo XXI, una vieja nación, con más de mil años de historia, se ha colocado bajo el foco de la atención de las sociedades europeas: el pueblo de Escocia ha elegido un gobierno nacionalista que ha puesto fecha a un referéndum con el que pretende construir, de forma democrática y civilizada, un nuevo Estado independiente dentro de la Unión Europea. Lo hace desde el moderno discurso de un soberanismo cívico e inclusivo. Desde una sociedad pacífica, donde el

recurso a la violencia no ha calado nunca. Y muy lejos de los cambios de frontera, generalmente traumáticos, que han retocado los mapas de Europa central y oriental a finales del siglo XX (y todavía hoy en los Balcanes).

Al frente de ese proceso político, la historia ha colocado a Alex Salmond, que, a sus 54 años, va a disponer de una nueva oportunidad para demostrar su liderazgo. Hijo de dos funcionarios de la administración británica en Escocia, Salmond estudió Economía e Historia medieval en la Universidad de Saint Andrews, trabajó primero como funcionario y después como economista del Royal Bank of Scotland. Precisamente su solvencia con los números le ha permitido ganarse el apoyo del mundo económico y empresarial. El radical izquierdista del Grupo 79, que llegó a ser expulsado del SNP, ahora es no sólo el máximo líder del partido, sino el responsable de haberlo llevado a su mayor éxito electoral. Frío en lo personal, pero apasionado en lo político, Salmond ha demostrado ser pragmático, aunque su arrogancia también le ha costado la pérdida de amistades y alianzas. Ahora le toca pilotar la nave en un momento histórico quizá irrepetible.

Tal vez la Conversación Nacional sirva para que la mayoría de los escoceses, a lo largo de los próximos diez años, pueda concienciarse acerca de las ventajas de la independencia. O quizá el SNP sólo ha pretendido ganar tiempo al retrasar el referéndum al horizonte 2017. Mientras tanto, mientras se va desarrollando ese debate sobre «el debate», esto es, la «conversación nacional» sobre cómo abordar el futuro constitucional de Escocia, el *Scottish National Party* quiere consolidarse como opción de gobierno y quiere presentarse ante la sociedad escocesa como el único Gobierno capaz de defender los intereses de la nación escocesa frente a «Londres». El desarrollo de una Escocia próspera y dotada de mejores infraestructuras es la hoja de ruta que les llevará a la independencia largamente anhelada por los nacionalistas. De hecho, en su última Conferencia anual, el líder del SNP habló más de infraestructuras que del tan cacareado referéndum: para el nuevo discurso nacionalista, mejorar la autopista que une Glasgow con Edimburgo, por ejemplo, servirá para reforzar la unidad escocesa y alejarse políticamente de «Londres».

Con la convicción de que los logros del Gobierno Salmond van a ser «los ladrillos de la independencia», el SNP aborda una nueva etapa desde el ejercicio del poder en Saint Andrew's¹⁹, intentando articular una amplia mayoría social partidaria de derogar el Acta de Unión, para poder romper el Reino Unido de Gran Bretaña y construir una Escocia independiente. Trescientos años después, el pueblo escocés se enfrenta a su propia historia.

19. Saint Andrew's House es la sede central del Gobierno escocés en Edimburgo desde la devolución en 1999.